



A.º Gomez dib.º

V. Amat gr.º

*La desdichada gritaba «pronto, pronto... pues sentia que la rama se iba rasgando poco á poco...*



1803 1804



La ilustración gráfica y artística...  
A. Gómez y B. G.





..... recogiendo en sus brazos el cadáver de una mujer se precipitó en el foso  
gritando: «¡maldición!! yo he sepultado á mi familia.»



## EL SEPULTURERO.

### I.



or el prolongado claustro de un gótico convento se paseaba, á la caída de una tarde de Otoño, un sacerdote anciano, cuyo venerable aspecto anunciaba la rectitud y la santidad, y cuyo humilde trage respiraba la modestia y la virtud. Meditaba al parecer sobre algun testo del Evangelio que llevaba entreabierto en su mano, y medía el pavimento con el compas de sus pies, haciendo resonar en las bóvedas silenciosas el eco de las pisadas. Largo rato hacia ya que sin variar de actitud, é imitando constantemente las monótonas oscilaciones del péndulo, continuaba su reposada marcha, cuando se le presentó un demandadero con aire respetuoso y le entregó una carta diciendo = Sr. Párroco, una muger que ha entrado en la sacristía me dió este pliego para vos y espera contestacion. = Alzó los ojos el sacerdote para examinar el sobre, y pronunció algunas medias palabras con aire de dulzura. — Será alguna pobre... esta letra no la conozco... el caso es que mi bolsillo tiene tan pocas monedas... pero no importa... Dios no abandona nunca al hombre que trata de socorrer la indigencia... = Abrió la carta, y apenas hubo leído las primeras líneas, cuando dijo al conductor = Tomas, preven á esa infeliz que

me espere en la iglesia — yo bajaré al instante á prestarla los auxilios de la religion que debe sin duda necesitar... y aproximándose á una ventana, por cuyos góticos cristales atravesaba la moribunda luz del sol que se escondia en el Ocaso, leyó para sí los siguientes renglones que el tiempo y la curiosidad han trasladado á estas páginas.

«Padre mio: una muger inocente, á quien la desgracia ha hecho culpable, no teniendo suficiente valor para acercarse al Tribunal de la Penitencia se dirige á vos el último dia de su vida para suplicaros que la concedais siquiera una palabra de perdon. Ya pisa con un pie la yerta losa del sepulcro, ya mira abierta ante sus plantas esa sima espantosa, ese espacio inmenso llamado eternidad, y al lanzarse para siempre en su seno, al dar el postrimero adios á este desierto de lágrimas y amargura, solo anubla su sonrisa el devorador pensamiento de que ha cometido un crimen... dignaos escucharme antes de confesárosle.

Yo soy jóven... un hombre me dijo que era hermosa y que me amaba... yo le creí de buena fé y le entregué mi mano; ¿qué podia hacer, si huérfana desde la infancia no tenia mas apoyo en la tierra que el de la caridad y la benéfica muger que me adoptó por su hija, rayaba en aquella edad en que se vive de gracia y se muere de obligacion? — Mi esposo era un ángel. Yo le adoré y aun le adoro en el fondo de este corazon desecado por los tormentos... Era tan dulce... Te-



nia una languidez tan insinuante en sus miradas.... pero al mismo tiempo su natural reserva, su acento melancólico y misterioso, le daban á veces un carácter tan sombrío, que algunos momentos despertaron en mi alma el horrible presentimiento de un azaroso porvenir.

No tenia familia, era solo en el mundo, tan solo como yo... al menos así lo creí, y así me juzgué tambien el único lazo que le ataba á la vida. No poseia mas fortuna que su talento, ni mas hacienda que su pluma... pero vivia con sus escritos, porque el público tiene pasiones y protege al artista que delinea sus cuadros con el pincel de la pasión. Sus versos respiraban ternura, sus elegías arrancaban las lágrimas... cada uno de sus rasgos despertaba un sentimiento profundo, un sentimiento melancólico... jamas el de la risa.

Ya habian transcurrido ocho meses de nuestro fatal himeneo, cuando una tarde, en que se paseaba delirante y frenético por los aposentos de la casa, fijó los ojos en mí con una expresion inesplicable de dolor y de remordimiento, y me dijo: «Elena, yo te engañé; pero ha sonado ya la hora de tu desengaño y mi despecho. Tú me crees huérfano y virtuoso... yo no soy ni uno ni otro. Mi carácter, mi imaginacion... mi fatalidad, diré mejor, me han arrastrado de desórden en desórden, de extravio en extravio, y han conducido al sepulcro á la madre que me dió el ser, y acercado á su borde á un virtuoso anciano que acaso en este momento cierra para siempre sus ojos maldiciendo el nombre de su hijo. Angel de paz, sígueme: tu acento de virtud conmoverá al desdichado enfermo y arrancará de sus labios moribundos un perdon sin el cual no podré soportar la vida.» Concluyó estas últimas palabras con tal acento

de despecho que me hizo estremecer; seguíle, y á breve rato nos hallamos á la cabecera de un lecho de muerte, donde un anciano agonizaba, donde una vida de virtudes se extinguía. Mi esposo quiso aplicar su boca á la mano descarnada del moribundo, pero este le rechazó con indignacion agotando con este movimiento sus desmayadas fuerzas. Yo aventuré algunas palabras mezcladas con lágrimas para inclinarle á la indulgencia; pero el infeliz, volviendo hácia mí sus ojos vidriosos y ofuscados, me dijo con una voz apenas inteligible — ¡pobre joven... ese... y (señaló á su hijo) ese hombre te enterrará — el genio del mal le ha arrojado al mundo para que *sepulte á toda su familia*; pero ya... hizo ademán de continuar, y cayó sin sentido sobre la almohada.

Desde aquel momento todas las borrascas del torcedor despecho se apoderaron del alma de Enrique — este era el nombre de mi infeliz esposo. Velaba de noche, abortaba de dia los ensueños fantásticos y espantosos del remordimiento, é invocaba el nombre de la muerte como si esta imágen se presentase á su mente tal como ahora se ofrece á la mia, con un trage de púrpura y un áncora de felicidad.

Repetia frecuentemente aquellas palabras «ese hombre te enterrará... ha de sepultar á toda su familia,» y mis caricias, unidas á las de un niño inocente, fruto de nuestra union, no podian endulzar sus tormentos ni deshacer una sola arruga de su frente sombría. Abandonóme por último una noche, huyóse á paises extraños, é ignoro su paradero.

Cinco años ha que vivo errante, de pueblo en pueblo, de asilo en asilo, llevando sobre mis hombros á mi niño, á mi amor, á mi César.

Es tan hermoso, Señor, que le juzgaríais un querubin, un ángel destaca-

:



do del cielo para consolar á una madre... pero el pobre niño ha sucumbido á los padecimientos, ha fallecido hoy mismo. Antes de ayer jugueteaba sobre mis rodillas, me colmaba de besos, y me sacaba del pecho con sus blancas manecillas el retrato de un padre inhumano á quien no ha conocido... hoy es ya una estatua de cera inmóvil, sin vida, sin voz para llamarme, y sin vista para dirigirme una mirada de candor.

¿Qué busco ya en el mundo? ¿quién podrá restituirme mi César? ¿quién me devolverá el hombre desventurado á quien entregué mi corazón y mi fé? — Nadie; todos ensordecen á mis suspiros. — Todos vuelven la cara al verme pobre y afligida... ¡O, Padre mio! vos no la volvereis para perdonarme y dirigirme en mis últimos momentos una palabra de consuelo.

Yo estaba anoche adormecida en un pesado letargo estrechando contra mi pecho una trenza de oro, unas hebras del cabello de mi hijo que pude cortarle por la tarde antes de que me lo arrancasen de los brazos para sepultarle en el hoyo, cuando sentí que una mano oculta me arrancaba este precioso talisman y se burlaba de mi despecho. — Lancé un grito espantoso... quise pedir socorro... y en aquel punto me sentí transportada á un paraíso de delicias... un coro de ángeles jugueteaba sobre la hermosa pradera... una música celestial resonaba en el cóncavo de una gruta silvestre, y los árboles meciéndose blandamente en el aura, embalsamaban el aire con el perfume de sus frutos... Yo ví en aquel momento ante mis ojos al ídolo de mi corazón... á mi hijo... todo resplandeciente de luz y revestido de divinidad... oí su dulce voz que me gritaba — «ven conmigo, madre mia,... y el llanto se cuajó en mis mejillas, y mi pecho latió como el de una

paloma que arrulla á sus hijuelos.

Mas ¡ah! que la amarga realidad se sucedió muy en breve... desperté sobre mi lecho de piedra... halléme rodeada de tinieblas y de frío... el resplandor de la luna que entraba por la puerta me hizo conocer que estaba en el mundo y que reposaba en un albergue de miseria... en aquel angustioso momento se presentó á mi memoria la idea de un licor que podía terminar mi existencia... escuché la voz del ángel que me gritaba — «Ven conmigo, madre mia; y sin pensar en la venganza de un Dios ofendido... cogí el vaso de muerte... bebí algunos tragos con una sed hidrópica... con un ahinco delirante... y... este es mi crimen, padre mio.»

Apenas el sacerdote enternecido concluyó la lectura de esta carta, cuando abriendo la puerta de una secreta escalera descendió con apresurados y vacilantes pasos á la iglesia. — Nada pudo distinguir á la primera ojeada, porque el templo del Señor se hallaba desierto, y solo una luz esparcía sus débiles reflejos en torno del altar encerrada en una lámpara de plata. Encaminábase ya el respetable Párroco hácia la sacristía, cuando percibió al atravesar una capilla los penetrantes suspiros de una muger que sollozaba. — ¡Pobre jóven! dijo para sí, es la infeliz que ha perdido á su hijo y viene á llorar ante la imagen de esa dolorosa que tambien perdió el suyo... No pudiendo reprimir en aquel momento los impulsos de su compasion, acercóse llorando, alzó del suelo á la desolada delincuente y la sostuvo en sus brazos estrechándola afectuosamente contra su seno. Hé aquí una imagen de risa para el hombre corrompido... un sacerdote estrechando en sus brazos á una muger... hé aquí una imagen sublime para el hombre sensible, ¡un ser generoso acompañando en



sus lágrimas á otro ser desgraciado!

Difícil es describir lo que en aquel punto pasaba en el corazón de estos dos seres. Ellos enmudecían porque no encontraban palabras para expresarse, y sus ojos enmudecían también, porque el llanto era el solo que hablaba.—Elena, dijo al cabo el anciano recobrando su natural gravedad, tú has sido muy desgraciada, pero también eres muy culpable: has dispuesto de un depósito que no es tuyo; has usurpado sus facultades al Criador y contribuido á difundir en el mundo la abominable idea de que la vida es una carga de la que el hombre puede despojarse sin escándalo y sin crimen.—¿Vienes á mis pies con las muestras de un sincero arrepentimiento? Siendo así yo te perdono en nombre del Señor.—¿Osas acaso penetrar en este asilo de santidad para profanarle con la mancha del pecado que está impreso en tu frente?—entonces yo te maldigo.—Padre, padre, exclamó la desconsolada Elena arrastrándose por la tierra—perdonadme.—Yo he venido á besar este polvo, á escucharos y á morir: ¿qué penitencia quereis imponer á esta infeliz que agoniza—que toca ya con la mano el término de su vida, y que siente retardarse los latidos de su corazón tan pausadamente como se desvanecen los ecos de una campana que ha acabado de sonar.—Si es necesario cilicios, yo tengo bastantes en este corazón seco y ennegrecido por el dolor.—Si juzgais que me hacen falta los ayunos y las penitencias, sabed que hace muchos años que no me alimento sino de lágrimas.—¡Ah, Señor! hablad, ved que el tiempo vuela, que la muerte va á cerrar estos párpados para siempre... y que he de presentarme ante un tribunal para responder de mi conciencia.

Nada contestó el religioso, pero

haciendo una seña á la joven para que se arrodillase junto al altar, cogió su libro de devoción y pronunció algunas oraciones, que repitió en alta voz la arrepentida delincuente; después estendiendo su mano trémula la echó su bendición, y la condujo en silencio á una espaciosa galería para que respirase el aire del cielo que en breve había de servirle solo para barrer la arena de su sepulcro.

Cuando la vió algún tanto serena, apretándola afectuosamente la mano, la preguntó con el mayor cariño. Dime, hija mía, y perdona que te recuerde un momento lo que debieras olvidar, ¿no tienes algún indicio del paradero de Enrique? ¿no sospechas si acaso la muerte habrá terminado su criminal carrera?—¡Ah, Señor! cinco años ha que me ocupo en buscarle, que recorro todos los conventos y cementerios mas solitarios preguntando por él aun á las losas sepulcrales... pero todo es en vano. Yo juzgo que ha adoptado el oficio de Sepulturero ú otro mas horrible aun, segun lo indican las últimas palabras que me dejó escritas y que conservo en mi memoria.—«Yo, decían aquellos tristes renglones. Yo, nacido con un corazón noble, he sido arrastrado por la oculta mano de la fatalidad á ser un mal hijo, un mal ciudadano, un mal esposo. ¿Qué me resta para pasear mi criminal cabeza entre los monstruos de la tierra? solo ser un mal padre.—Pues bien yo lo seré... abandono á mi hijo... que crezca y no respire á mi lado el aliento del crimen.—Yo me lanzaré en un desierto de vivos, en una sociedad de cadáveres... el lenguaje de los hombres me es odioso... pero el silencio de los muertos no interrumpirá jamás el sueño de mi delirio.—¿Qué ceguedad, exclamó el venerable Párroco levantando sus ojos al cielo!... Padre, padre, dijo Elena interrumpiendo.



piéndole con viveza... ya se acerca la hora, ¿no escuchais el ruido de esas campanas que tocan á la oracion?... yo no puedo morir sin ver antes á mi hijo — haced que me dejen entrar un momento para verle... yo sé á punto cierto el hoyo donde le han enterrado... está á quince pasos de la segunda puerta del cementerio y el corazon no podrá engañarme cuando toquen mis piés á la tierra que le cubre... ¡Ah! nada ¿me decís? ¿vos que teneis las llaves, negáreis la entrada á una madre que quiere besar el sepulcro de su niño; vos que sois á mis ojos un Dios y que teneis el corazon y las lágrimas de un hombre.

Fuertemente conmovido el anciano quiso contestar y no pudo... Llevó á la suplicante en silencio al espacioso patio del convento; abrió con trémula mano una puerta en cuyo frontispicio se leía aquel fúnebre lema, *Beati mortui qui in Domino moriuntur*, y apoyando en el dintel su frente rugosa y venerable dijo con cariñosa voz á Elena... Ya puedes entrar, hija mia. Inclínósele esta con las muestras del mas vivo reconocimiento, dejó caer el entutado velo sobre su rostro descarnado, y se deslizó como una sombra en las galerías de sepulcros.

## II.

Las once dijo una voz humana acabando de contar el último golpe de la campana de la torre... excelente hora, en una noche tan fria para enterrar cadáveres. — El señor cura se ha ido á recoger al calor de su cama, y como sabe que yo velo constantemente ¡ah! no lo sabe bien... si pudiese la mano sobre este corazon lleno de podredumbre y roido de gusanos, mas convencido quedaría de que ya no puedo gozar mas que un sueño... ¡el de la muerte!

Así hablando consigo mismo caminaba lentamente por el espacioso patio del monasterio un hombre, cuyo trage sucio y desaliñado indicaba desde luego su profesion de Sepulturero. Llevaba un hazadon en la diestra, del cual pendia un pequeño farol, cuya luz pálida y moribunda se reflejaba débilmente en sus facciones sombrías, y con la izquierda sujetaba el asa de una espuerta mugrienta, sirviéndole tambien para ceñir á su cuerpo encorbado y enjuto el largo capote de paño burdo que pendia de sus hombros. La noche estaba oscura y tenebrosa como el corazon de un delincuente: el silencio no era interrumpido por la voz del hombre ni por el llanto de la muger... las aves anidadas en los muros del edificio tambien enmudecian, porque las aves son inocentes y no saludan jamas con sus gorgeos á la reina de las tinieblas que es la encubridora del crimen. Un ruido confuso se escuchaba sin embargo en aquel solitario recinto... el que producía el viento húmedo del Norte zumbando sordamente en las bóvedas y galerías. El pánico terror que este sitio inspiraba, parecía servir de alimento al ente escuálido y miserable que acabamos de describir. Parábase á veces á contemplar el cielo como si las densas sombras que le cubrian ofreciesen algo de grande y de agradable á sus ojos siniestros, y á veces los fijaba en la gigantesca y sombría torre, cuyo pie se apoyaba en las ocultas entrañas de la tierra, y cuya cima iba á perderse en la oscuridad de las nubes.

¿Qué pasa en el interior de este hombre? ¿qué sentimientos agitan y abruman su corazon? ¿Id á preguntarsele á las olas de un mar borrascoso, cuando el abrego retumba en las cavidades de las rocas, cuando la espuma forma montañas que se elevan al cielo, cae el granizo con ímpetu, y el rayo



serpentea entre remolinos de vapores.

Empuja suavemente la puerta del cementerio que estaba entornada, entra y respira con placer al encontrarse en su imperio... en el imperio de los muertos. Los cipreses le saludan mecendo á un lado y á otro sus erguidas copas, los negros murciélagos revolotean dando mil giros torcidos al rededor de su cabeza, y la inmunda lechuza lanza un fúnebre grito al descubrir desde su nido la moribunda llama del farol que le alumbra. Todos los seres que existen en este triste lugar muestran reconocer el terrible poderío del cavador de sepulturas, y él mismo reconoce tambien su prestigio, porque afirma la planta al marchar, yergue con altivez la ceñuda frente, y dirige á todas partes sus miradas indagadoras como preguntando á los vasallos que le rodean si durante su ausencia han abandonado sus sepulcros.

Acerca en seguida la luz á la primera tumba que se ofrece á sus ojos... es la de un grande encenagado en los vicios, la muerte le redujo á polvo igualándole á sus esclavos; pero el orgullo esculpió en letras de oro su nombre y colocó una corona de plata sobre su lápida de mármol.

Un gesto de desprecio se pintó en el rostro macilento del Sepulturero y pasó á recorrer los inmediatos mausoleos. Parábase á examinarlos uno por uno á releer sus inscripciones y sacudir el polvo de que estaban cubiertas, semejante al filósofo que habiendo envejecido sobre los libros, se identifica con ellos, los ama como á su propia existencia, y no acierta á separar la vista de sus rótulos ni el pensamiento de sus páginas.

En el centro de este vasto desierto, de esta mansion de dolor, se eleva una cruz gigantesca de hierro sustentada en una enorme basa de granito casi ruinosa,

Aquella tabla de piedra sirve de mesa al Sepulturero para escribir el diario de su vida... á ella se dirige para añadir una página... acaso la última... su frente está tan oscurecida por la tristeza, sus pasos son tan lentos, sus miradas tan delirantes... que todo indica en él la proximidad de la muerte y el deseo de que se consuma este trágico desenlace.

Coloca el farol sobre la yerba piedra, saca unas hojas de papel y un inundo tintero de la manga asquerosa del sayo, y escribe con precipitacion estos breves renglones... Continuacion del dia 27: á las once de la noche el párroco me llamó á su celda y me dió la órden de enterrar á una muger que dijo haber confesado esta misma tarde, y halládola muerta á pocos pasos de la segunda puerta de este campo-santo. Me aseguró ser la madre del niño á quien dió sepultura por la mañana... y que ha muerto víctima del amor maternal y de la perfidia de un esposo. — Yo he sido un esposo pérfido y he tenido un hijo que sería ahora de la edad del hermoso niño á quien he dado sepultura. ¡Qué horrible pensamiento se apodera de mi espíritu... voy á cumplir con mi destino... Al llegar á este punto soltó la pluma, no permitiéndole continuar su extraordinaria agitacion, y se dirigió hácia el lugar indicado por el compasivo sacerdote. En el borde de un foso profundo, cuya tierra se encontraba removida, se divisaba un bulto negro arrojado negligentemente sobre un hazadon y una escalera de mano semejante al cadáver del cuervo que cae de las nubes y queda enredado en los troncos de un tomillo silvestre. Al acercarse á este objeto quedó como petrificado de horror el infeliz Sepulturero. La espuerta se cayó de su mano, un sudor frio corrió por sus cárdenas megillas y el cabello se le erizó



en la cabeza, como si los espectros que aborta la fantasía le hubiesen tocado con los dedos sangrientos á la cavidad del corazón... El había reclinado su cabeza sobre el ataúd de la parroquia con tanto placer como sobre una almohada de pluma, y visto blanquear los huesos de sus semejantes al través de una luz fosfórica, con tanta indiferencia como se observa el reflejo de las estrellas en las ondas de un lago; pero al aproximarse á este cadáver una convulsion extraordinaria se apoderaba de sus miembros.—Quiso andar hacia adelante y retrocedió algunos pasos — fijó sus ojos en el foso, y una densa niebla oscureció su vista — estendió la mano hacia el farol para atizar la llama, y sus dedos se contrajeron con una galvánica violencia... cada minuto que transcurria daba un nuevo cuerpo á su fantástico pavor y acrecentaba su perplejidad... hubo un momento en que creyó que los cipreses se movian de su sitio, y estendiendo sus ramas se transformaban en espantosos gigantes... que los sepulcros se abrian por sí mismos, y que los difuntos envueltos en blanquísimos lienzo se agrupaban á su alrededor. — Uno de ellos con infernal alegría trazaba un círculo en la arena y le gritaba, aquí, Enrique, aquí... este es el hoyo del Rey de las sepulturas; é hiriendo la tierra con una larga guadaña abrió-

se de pronto y por ella salieron en tropel mil bandadas de buitres que inundaron el aire... Atormentado por estas horribles quimeras quiso terminar de una vez su funesta misión y arrojar el cadáver con la punta del pie en el inmenso foso; adelantóse para esto algunos pasos volviendo hacia atrás la cabeza, y al tropezar su planta con el enlutado bulto notó en el suelo un objeto que brillaba en medio de la yerba: impelido de la curiosidad recogióle temblando, aproximóle á la luz — y lanzó un grito de horror... para su retrato...

Tú, inmundo buho, habitador del cementerio y compañero de las tinieblas, tú que asomabas la monstruosa cabeza en aquel instante por entre las ramas de un sauce que desmayadas caian sobre la losa de una tumba, ¿qué viste despues con tus ojos esféricos y de infernal presagio? Un hombre frenético, una fantasma delirante que recogiendo en sus brazos el cadáver de una muger se precipitó en el foso gritando: «Maldicion... yo he sepultado á mi familia» y no viste mas porque entonces desplegaste tus alas, apagaste la luz del farol agitando el aire con vuelo torcido, y fuistes á esparcir el horror de tu presencia entre los nidos ruinosos de la torre sombría.

*Clemente Diaz.*

